

CELCIT. Dramática Latinoamericana 307

¡AY AMOR, YA NO ME QUIERAS TANTO!

Lucero Millán

A mi madre

PERSONAJES: M (1) / F (1)

Armenio

Josefina

Vagón de tren. Debe dar la impresión de ser un tren de hace mucho tiempo, que igual es producto de nuestros sueños o igual funciona desde siempre. Con un par de bancas y un pasillo será suficiente.

Cuando se enciende la luz está un hombre muy delgado, de unos treinta años, remendando el mismo calcetín una y otra vez. Viste de traje formal de oficina, con un planchado excesivo en la ropa. Se le nota tímido o un tanto retraído. Entra una mujer con un aire ausente, vestida con ropa típica de viaje, sin época determinada. Sobresalen unas enormes ojeras. Lleva entre sus manos un saco de tela que aprieta constantemente como si se lo fueran a robar.

Escena uno

Josefina: Será que se puede dormir?

Armenio: Dormir?

Josefina: Sí, dormir, es preciso.

Armenio: Bueno, sí, creo que sí. Cuando arranque el tren, el viaje será largo.

Josefina: Cuando dice largo, ¿a qué se refiere?

Armenio: No lo sé muy bien... Hay varias estaciones que recorrer... ¿cuando compré el boleto no le explicaron lo que duraría su viaje? El mío al menos será largo, de eso estoy seguro, así que es mejor ponernos cómodos y tal vez esperar con paciencia.

Josefina: (Después de un tiempo) Cree que exista la posibilidad de alargarlo más?

Armenio: (Con timidez y cierta molestia) ¿Cómo dice?

Josefina: Que si cree que existe la posibilidad de alargarlo más.

Armenio: ¿Alargarlo más? ¡Qué pregunta más extraña la suya!, aunque habría que ver el ánimo...

Josefina: ¿De usted?

Armenio: ¡Oh! ¡No!, por supuesto, del conductor... ¡qué pregunta, señora!

Josefina: Entiendo, mientras más grande más largo.

Armenio: ¿Más grande qué?

Josefina: El desánimo....

Armenio: ¡Vaya! ¡Qué manera de hablar!

Silencio, él sigue cociendo su calcetín, oculta su rostro, de vez en cuando levanta la mirada para ver qué hace ella.

Josefina: (Intentando ser amable) Hace calor, ¿no?

Armenio: (Molesto) Sí. (Se levanta y se cambia de asiento) ¡Y también hay ruido! Pensé que aquí iba a ser diferente, ¡pero qué va! Siempre es igual, igual.

Josefina se entretiene en su saco.

Armenio: Disculpe, ¿qué lleva ahí?

Josefina: Me parece que apenas lo conozco, digo, yo no le he dado motivos para intimar conmigo, ¿no le parece?

Armenio: Sí, tiene usted razón. Es solo que me llamó la atención la manera tan especial de relacionarse con sus cosas.

Silencio. Ella se muestra reservada, él continúa en lo suyo. Cuando él se muestra desinteresado, ella busca la manera de llamar su atención.

Josefina: Cargo todo lo que me pertenece, no es mucho, pero es lo único que tengo. Tan solo son... (Pausa larga) mi madre, mi padre, mis libros, mis desgracias y mi país.

Armenio: Habla usted como si fuera un libro. (Transición) ¿Quiere que le ayude?

Josefina: No podría.

Armenio: ¿Por qué?

Josefina: (Reflexiva) Sabe, no ha sido fácil para mí adquirir éste boleto. Me ha costado muchas lavadas de ropa para recoger las quinientas estampillas que se necesitaban para participar en el concurso. Es todo lo que en la vida he querido realizar, este viaje.

Armenio: ¿Es usted ama de casa?

Josefina: Eso mismo, pero al revés.

Armenio: ¿Cómo así?

Josefina: La casa es mi amo.

Armenio: ¡Vaya! ¡Qué manera de hablar! Habla como en los libros.

Josefina: ¿Cómo así?

Armenio: No sé, como en los libros, como no se habla en la vida real. ¿Lee usted mucho?

Josefina: Se refiere usted a... ¿leer?

Armenio: Sí claro, a leer, a poner los ojos sobre un pedazo de papel ¡y leer!

Josefina: Bueno, viéndolo así, pues se podría decir que sí, que leo pero no sobre un pedazo de papel, sino debajo de él. Si no tengo un libro, me lo imagino, si veo a una persona, no veo a la persona sino su pensamiento, si me encuentro con un periódico, me dan ganas de llorar al imaginarme la tragedia que hay detrás de cada noticia,... es una manera de leer, ¿no? (Después de un tiempo) Es lindo viajar. ¿Verdad?

Armenio: Depende de cuál sea el objetivo del viaje.

Josefina: Entiendo yo que el objetivo de un viaje es llegar a un destino, ¿no?

Armenio: No necesariamente. Sucede algunas veces que el objetivo es justamente interrumpir el llegar al destino final, quedarse a mitad del camino.

Josefina: Me parece bastante absurdo lo que usted me está diciendo, sinceramente no me gustaría volvérselo a escuchar, ¿por qué me dice eso? ¿Qué sentido tendría quedarse a mitad del camino?

Armenio: No lo sé muy bien, tal vez divertirse un poco, tener un motivo por el cual seguir viajando. (Silencio) ¿Y a dónde viaja usted?

Josefina: Lejos, muy lejos, donde pueda dormir.

Armenio: ¿Cuánto tiempo tiene sin dormir?

Josefina: Lo que se dice dormir, dormir, como veinte años, más o menos, no, disculpe, tal vez estoy exagerando, como unos catorce años más o menos.

Armenio: (Pausa) Debe ser un poco difícil estar tanto tiempo sin dormir, debe ser algo así... como un sentimiento muy somnífero.

Josefina: Pues viera que no, una se acostumbra a todo. Al principio es difícil porque una no sabe qué hacer con ese tiempo muerto, como de luto, y ese silencio que te mata, pero después aprendes a deambular con los insectos, especialmente con los grillos. Ellos gritan toda la noche en busca de su amada, que nunca encuentran por supuesto, pero al menos se entretienen en algo, como usted, con ese calcetín que no deja de remendarlo. ¿Por qué lo cose y lo recose?

Armenio: Para que me ayude amarrar bien mis pies.

Josefina: ¿Cómo así?

Armenio: Es que... cada vez que pienso que están bien cosidos y me bajo del tren, los dedos de mis pies terminan rompiendo nuevamente los calcetines. (Josefina se sorprende). Siempre tuve unos dedos de los pies muy grandes, especialmente el índice. No he podido encontrar calcetines fuertes, a mi medida, por eso yo les doy una buena recosida.

Mire usted, yo soy agente viajero y cuando llego a una estación, solo basta que se abra la puerta del tren para que la memoria acuda a mí y me vuelva un tanto torpe. Es como si mi mente quemara lentamente mis mejores intenciones. Es entonces cuando mis pasos van perdiendo lentamente un poco de fuerza por aquí, otro poco de fuerza por allá...

Josefina: (Continuando el diálogo) A medida que avanza deja caer la prudencia, el orgullo, el abrigo, las maletas...

Armenio: (Sorprendido) Lo dice usted mejor que yo. No quiere escribirme un poema? Pero es justo así, como usted lo dijo, por eso tengo que remendar bien mis calcetines.

Josefina: (Después de un tiempo) Adónde viaja usted?

Armenio: No lo sé con exactitud, a un lugar que me reciba.

Josefina: Todos los lugares te reciben.

Armenio: No, no es así, no todos te reciben. O dicho de otra manera, no todos te reciben como vos sos.

Josefina: Ah! Qué pena... yo en cambio estoy dispuesta a recibir a cualquier lugar como él es.

El tren se para. Se escucha una voz en off que dice "Estación Miraflores".

Josefina se levanta, inquieta y empieza a caminar de forma nerviosa. El tren continúa su marcha. Ella se relaja y se sienta. Revisa el interior del saco.

Armenio: (Transición a Josefina y con timidez) Disculpe mi curiosidad, pero ¿podría mostrarme algún objeto que usted identifique con algún pariente suyo, tal vez con su madre? Me gusta eso de ver fotos, recordar...

Josefina: ¿Cómo dice?

Armenio: Que si me enseña algo de su madre. Para darme una idea... algo de su saco, ¿cómo es eso de que va cargando con ella?, no lo entiendo muy bien.

Josefina: ¿Por qué tendría que hacerlo? Digo, nuevamente me parece un tanto atrevido de su parte.

Armenio: Tiene razón, es solo que usted me inspira confianza y la vida a veces es tan aburrida...

Josefina: No lo sé, es que apenas nos conocemos. Se toma usted unas libertades... Son cosas muy personales. (Molesta) Y aunque yo parezca otra cosa, soy una persona muy recatada.

Armenio: Nuevamente tiene usted razón. Disculpe. (Se levanta, camina entre los asientos como si buscara algo)

Josefina: ¿Qué busca? (Armenio guarda silencio y sigue buscando) ¿Qué busca? (El lo hace con más insistencia) Por favor, ¿qué busca?

Armenio: Es un poco difícil de explicar. Tal vez en otra ocasión, es que apenas nos conocemos, ¿no?... (Él sigue buscando)

Josefina: (Ella saca un huevo duro, lo pela.) ¿Quiere?

Armenio: No gracias, estoy ocupado. (Siguiendo buscando)

Josefina: También tengo una zanahoria, ¿le apetece?

Armenio: (Distraído) No gracias.

Josefina: ¿Tal vez un poco de agua de limón?

Armenio: (Serio) No gracias, no ve que estoy muy ocupado. ¿No lo ve? ¿No lo ve? (Se va poniendo más nervioso) ¿Pero está usted ciega para no darse cuenta que justo lo que estoy haciendo es buscar algo? ¿No lo ve? ¿No lo ve?

Josefina: Está bien, está bien, pero con una condición: Yo le muestro algo de mi madre si usted me dice qué es lo que busca.

Armenio: No, no puedo hacer ese trato.

Josefina: (Perdiendo el control) Mire, usted busca algo que usted sabe perfectamente qué es pero que no me quiere decir, sin embargo yo busco algo que.... (Cambio de intención, percatándose) ¿Qué busca?

Armenio: Nada.

Josefina: (Cambiando de estrategia) Al menos podría hablarme de sus recuerdos más amables.

Armenio: ¿No le parece que mostrarle mis recuerdos más íntimos es un asunto muy personal?

Josefina: Bueno, sí, en cierta forma tiene usted razón, es solo que pensé que....

Armenio: Pues pensó usted mal. (Silencio, transición) Pero en señal de mi buena voluntad... Espere un momento (saca un papelito de su bolsillo, lo lee, piensa.) Trato hecho. Usted me enseña algo de su madre y después yo le enseño mi lista de afectos.

Josefina: (A Armenio, con entusiasmo) Muy bien. Cierre los ojos y déjese llevar por el ruido del tren.

Armenio: ¡Me da pena!

Josefina: Vamos, cierre los ojos.

Los dos cierran los ojos. Se intensifica el ruido del tren. Hay transición de luz. En ese otro espacio y tiempo del mismo tren se estarán escenificando diferentes escenas de los dos personajes. En este caso, ellos mismos haciendo los roles de madre e hija. Entran la madre y la hija cargando maletas y bultos en un vagón de tren.

Escena dos

Madre: ¡Ay! ¡Qué cansada estoy!, ¡ay!, ¡ay! Esta Tulita me tiene cansada, que si los tomates, que si los pepinos, ¡una presumidera toda la parentela!

¡Y este viaje tan largo! Nadie me ayuda en nada, una tiene que ocuparse de todo, ¡ay! ¡Me muero! ¡Ay me muero, ay! ¡Qué cansancio!

Hija: ¿Qué te traigo mamita? ¿Te duele algo?

Madre: ¡Ay me muero! Pasáme el vic-vapo-rub, me ayudará un poco. (La hija se lo pasa) ¡Ay qué dolor de piernas! Nunca la dejan descansar a una. Cerrame la ventana.

Hija: La tenés a un lado, mamá.

Madre: Cerrámela, hija. Cerrámela, ¡que no estás viendo como me entra todo el aire por la ventana! (La hija con esfuerzo lo hace)

Hija: Ya está, Mami.

Madre: Y ahora que lleguemos la misma historia de siempre, la casa botada, las cazuelas sucias, el haragán de tu padre pegado a su botella y a sus queridas. ¡Ay, qué cansada! Nadie me ayuda. ¡Pero a mí no me importa ya nada! Cada cual que se las arregle como pueda, después de todo, ¡quién se ocupa de mí!

Hija: (Después de un tiempo) ¿Viste mis notas, mamá?

Madre: Pero eso sí, un día voy agarrar mis cosas y me voy a ir solita por ahí a descansar, aunque sea en un rancho perdido, ¡ahí van a ver!

Hija: ¿Viste mis notas mamá?

Madre: ¿Cuáles notas?

Hija: Las de la secundaria mamá, fui la mejor alumna este año.

Madre: (Sin darle mucha importancia) ¡Ah! ¡Qué bien, mi muchachita, qué bien! ¡Ay! ¡Qué cansada estoy! (Silencio. Transición de la hija)

Hija: Mamá, desde hace tiempo he querido hacerte una pregunta pero me da mucha pena hacértela, ¿podría?

Madre: Claro hija, pero apresúrate un poco, que me duelen las piernas y aún nos falta mucho por recorrer. Como te decía, puede ser el rancho de tu tío José, no es gran cosa, pero al menos estaré tranquila por un tiempo, sin nadie que me moleste.

Hija: Mamá, te hice una pregunta.

Madre: Ah sí, hijita, discúlpame. Hacémela.

Hija: (Después de un tiempo) ¿Por qué nunca me abrazaste?

Madre: ¡Qué pregunta más rara, niña! Pero por supuesto que sí te he abrazado.

Hija: No mamá, nunca lo has hecho.

Madre: ¿No?

Hija: No. ¿Por qué?

Madre: (Pensativa) No lo sé.

Hija: Solo hubiera bastado con un instante de tu tiempo.

Madre: Quizá porque nunca me enseñaron a hacerlo.

Hija: Bastaba con que me miraras para que aprendieras a hacerlo.

Madre: No estaba programada para eso.

Hija: En cambio yo, estaba programada para amarte.

Oscuro.

Escena tres

Josefina: Esa era mi madre, ¿qué le pareció?

Armenio: No lo sé muy bien. Diría que necesitaba anteojos para poder vivir. (Percatándose) Ahora estoy hablando como usted.

Josefina: Eso mismo pensé yo... Cuando ella necesitaba leer algo y si vos estabas cerca, tomaba los anteojos más cercanos, aunque no fueran de ella y sencillamente se los ponía. Yo me reía mucho porque pensaba que cada episodio de su vida lo miraba de acuerdo a la graduación de los anteojos que le tocara tener en ese momento.... Pobrecilla, debí regalarle unos anteojos de su medida.

Y ahora le toca a usted.

Armenio: (Nervioso) A mí?

Josefina: Sí, a usted. Iba a hablarme de sus recuerdos más amables.

Armenio: Está bien, pero por favor no vaya a burlarse.

Josefina: Sería incapaz de algo semejante. Lo escucho.

Armenio: No sé por dónde empezar.

Josefina: Pues por el inicio.

Armenio: ¿Y cuál es el inicio?

Josefina: Pues el inicio, es el inicio, es lo primero que se le ocurra.

Armenio: Bueno, bueno, recuerdo que cuando era niño, tuve una amiga que se llamaba Anita, me acariciaba la cabeza y decía que mi pelo era bonito.

Josefina: ¡Ah! ¿Sí?

Armenio: Sí. Era un pelo suavecito, lleno de rulos que caían sobre mis hombros.

Josefina: ¿Y...?
Armenio: ¿Y, qué?
Josefina: ¿Y qué más?
Armenio: Y... pues, déjeme ver, después, conocí a una señora que vivía enfrente de mi casa. Ella me pidió que cuidara de su gato, decía que nadie lo hacía mejor que yo. Ella decía: ¡qué bien cuidas a mi gato! ¡El gato estará muy contento con vos! ¡Hasta parece una cuida gatos!
Josefina: ¡Aja!.... y....
Armenio: Y pues, qué más, qué más, con el tiempo tuve una novia que decía que algún día me amaría. Sin embargo después conocí a alguien que me besó. Viera que beso, yo era un poco torpe y no supe cómo reaccionar.
Josefina: ¡Ah! ¿Entonces?
Armenio: Luego... luego.... (Pausa, largo silencio) Recuerdo que cuando era niño, tuve una amiga que se llamaba Anita, me acariciaba el pelo y decía que mi pelo era bonito.... ¿Eso ya lo dije?
Josefina: Creo que sí.
Armenio: Entonces, eso es todo.
Josefina: ¿Eso es todo?
Armenio: Sí, todo. Usted me prometió que no se burlaría.
Josefina: Claro que no lo haré, es solo que me sorprendí.
Armenio: ¿De la escasez?
Josefina: No, de... olvídelo, no tiene ninguna importancia. (Saca un espejo de su bolsito personal, después un pañuelo y se limpia la cara con insistencia). Dígame una cosa, ¿mi cara esta maquillada de barro?
Armenio: No, ¿por qué?
Josefina: Porque aún respiro polvo.
Armenio: ¡Ah! (silencio)
Josefina: El tren está en marcha, ¿cierto?
Armenio: Cierto.
Josefina: Oiga, me acabo de acordar de un afecto. ¿Se lo digo?
Armenio: Claro, por supuesto, la escucho.
Josefina: Era un afecto con las nubes. A veces, cuando salía muy temprano de mi casa para ser de las primeras en llegar a la estación del autobús para ir al mercado, las nubes estaban tan bajas que daban ganas de tocarlas, pero al mismo tiempo esa cercanía me espantaba porque me dejaba casi sin respiración y me daba miedo de no poder continuar. Era entonces cuando seguía caminando y me imaginaba que lograba traspasarlas y colocarme encima de ellas como si fueran un colchón. Desde ahí saltaba, saltaba tanto que disfrutaba enormemente esa sensación de libertad. Pero a veces las nubes estaban tan bajas, tan bajas, que también me daban unas ganas enormes de llorar. Entonces pensaba que de las nubes se desprendía un rocío que se posaba sobre mi rostro y como si yo fuera una flor, el agua se deslizaba suavemente sobre mi cuerpo, como si mi cuerpo entero llorara. Lloraba mi cara, mis brazos, mi pelo, mi cuello, mis piernas.... Pero no eran lágrimas sino rocío.
Armenio: Entonces el afecto era con el rocío.
Josefina: No, era con las nubes porque sin nubes no hubiera conocido el rocío.

Armenio: ¡Qué bonito!... A mí también me gustaría conocer el rocío...
(Transición)
Josefina: (Pensativa) Sí, realmente era muy bonito.
Josefina: Se puede ver algún paisaje? ¿Podría decírmelo por favor?
Armenio: (Asomándose por la ventana) Aun no, pero estoy seguro que pronto aparecerá con la luz del amanecer. Esa es la hora que mas disfruto del día.
Josefina: ¿Ah sí, por qué?
Armenio: Porque la mayoría de la gente está durmiendo.
Josefina: Menos yo.
Armenio: (Riéndose) Nada es más hermoso que el silencio... Sabe, yo también tuve una madre, pero a diferencia de la suya ella no era un carga para mí, ella cargaba con la presencia de mi padre.

Oscuro

Escena cuatro

Entra una mujer al vagón del tren, está recién bañada con vestido nuevo y una torta en las manos. La espera sentado un hombre con aspecto rudo y vestido de militar.

Padre: Pareces una puta, ¡quítate ese maquillaje de la cara!
Madre: Te parece, Joaquín?
Padre: Te lo estoy diciendo, no? ¿Y no pudiste encontrar un vestido más feo que ese? Cámbiate de ropa, si no, no te llevo, que van a decir mi madre y mis hermanos cuando te vean. ¡Cámbiate ya o si no te bajas en la próxima estación!
Madre: Me esmeré tanto en arreglarme, Joaquín, ¡por vos! Este vestido me lo hice yo misma, me costó tanto trabajo. La tela la tengo guardada desde hace tiempo y el diseño lo tomé de una revista de modas.
Padre: No me estás oyendo, pareces una mujerzuela barata. ¿Querés enseñar todo, verdad? (Le baja el vestido y queda con los pechos al aire). Así querías estar? ¡Enseñándolo todo! ¿Así querías estar?
Madre: (Llorando) ¡No Joaquín, no quería estar así! Quería estar linda para vos!

Oscuro

Escena cinco

Vagón de tren, el tiempo ha transcurrido.

Armenio: Oiga, a propósito, ¿cómo es que no nos habíamos conocido? Su cara me resulta familiar, casi podría jurar que nos hemos visto pero no estoy seguro. Usted vive en San Juan de Atitlán?

Josefina: Vivía hasta hace unos instantes que decidí subirme a este tren.
Armenio: ¿En la calle San Lorenzo?
Josefina: ¡No soy la que está pensando!
Armenio: ¿Número 113?
Josefina: Insisto, me está confundiendo.
Armenio: ¡Caramba! ¡Sí que es pequeño este mundo! Pues de pronto llegué a creer que habíamos sido vecinos durante años y que nos conocíamos. Que yo vivía justo enfrente de usted y todos los días nos cruzábamos cuando yo salía a tirar la basura.
Josefina: (Ella cambia la intención, saca un papel en blanco, hace ruido con él) ¿No escucha ruidos?
Armenio: (En actitud de escuchar) Solo escucho el ruido del tren.
Josefina: Ponga mucha atención, si lo hace descubrirá los sonidos que se ocultan.
Armenio: (Sigue escuchando) El ruido del tren, el del viento y el de un niño jugando a lo lejos, quizás.
Josefina: Ponga mucha atención y lo escuchará.
Armenio: No escucho nada.
Josefina: (Tapándose los oídos) Escuche bien, puede ser ensordecedor. (Ella lee el papel)
"El vuelca toda su furia contra ella y ella siente que merece una paliza tras otra. No hay látigo ni tortura posible que calme su vergüenza de intentar ser ella misma, Créame, no lo hay.
Cuando se queda sola con su desprecio, se desnuda, se limpia, se cambia de ropa, se peina, se maquilla, entonces está lista para volver a recibir el castigo.
Al otro día recorre sus propios pasos, recoge sus vergüenzas y se lanza al vacío.
Ojalá algún día sus ojos recobren el brillo que algún día tuvieron".
Armenio: Oiga, ¿de quién es ese texto? No se oye muy alegre que digamos.
Josefina: Es un texto que acabo de escribir en mi pensamiento sobre ella.
Armenio: ¿Quién es ella?
Josefina: Pues ella, su vecina.
Armenio: ¿Cuál vecina? ¿De qué me está hablando?
Josefina: Pues de su vecina, la que vive en la calle San Lorenzo.
Armenio: ¿Pero que sabe usted de ella?
Josefina: Pues nada y todo. Sólo es cuestión de apreciación
Armenio: La recuerdo perfectamente todos los días caminando sobre la misma acera, una y otra vez, llegaba a la esquina y se regresaba para volverse a ir. Pensé que estaba loca y le confieso que llegué a sentir repulsión hacia ella, y seguro era una buena persona, como usted. ¿Por qué caminaría de esa manera?
Josefina: Tal vez estaba entrenándose.
Armenio: ¿Para qué?
Josefina: Para agarrar fuerzas y poder escaparse de su marido.
Armenio: ¿Cuál marido?

Josefina: El que seguramente tendría. Todas las mujeres cuando lavan los mismos platos una y otra vez, lo que es igual a decir que caminan y caminan sobre los mismos pasos, están deseando que el marido se muera para poder salir corriendo.

Armenio: Comprendo.

Josefina: Siempre sueñan con ser corredoras profesionales. Oiga, ¿apareció el primer paisaje?

Armenio: (Asomándose por la ventana) Si. Puedo ver claramente un desierto color ocre con un árbol de algarrobo en el centro. Es curioso paisaje, pero al fin y al cabo es preferible cualquier paisaje a ninguno.

Josefina: (Ella también se acerca a la ventana. Los dos quedan frente al público viendo el paisaje.) ¿Está usted loco? ¿Cómo puede ver un desierto donde hay una selva tropical?

Armenio: ¿Qué está insinuando? ¡Que soy miope, o qué! ¡Cuidado con ese cóndor! ¡Vuela tan cerca y con tanta perfección que parece que viene hacia nosotros!

Josefina: ¡Pero si no es un cóndor sino una oropéndola con hermosos colores! Escuche el sonido que produce cuando alza vuelo. Difícil de describir, ¿no le parece?

Armenio: ¡No, no me parece! No me parece porque no veo ninguna selva, ni oropéndola, y mucho menos escucho ese extraño sonido del que habla.

Josefina: ¡Me está diciendo mentirosa! ¡Eso sí no se lo puedo permitir! ¡Yo no soy una mentirosa!

Armenio: No le estoy diciendo mentirosa, tal vez un poco distraída, bueno no un poco, ¡bastante! ¡Cómo es posible que no vea esas tremendas montañas y ese paisaje desértico!

Josefina: ¡Desértica será su alma! En cambio ese hermoso pájaro da vueltas, hace piruetas, juega, se divierte, se pierde y vuelve aparecer entre las ramas. El viento no le estorba.

Armenio: Ahora usted me está diciendo mentiroso a mí. Pues sepa señora, o señorita, como usted quiera llamarse, que por mucho que lo pretenda no logrará confundirme. (Mirando nuevamente el paisaje, retándola)

Ahora levanta vuelo, imponente con esas enormes alas y la mirada fija en lo que será su próxima presa.

Josefina: (Desesperada) No busca una presa sino un árbol más alto para poder hacer esos hermosos nidos que cuelgan de las ramas como lágrimas congeladas o como brazos desencajados.

Como brazos desencajados.... (Transición)

Usted considera que cuando una no tiene un novio, un esposo, un amante, ¿está una desencajada?

Armenio: (Burlón) Se refiere a los amores, claro. Pues mire usted, si ve a los amores como ve a los paisajes, le aseguro que da igual que uno esté desencajado o no. No ha tenido suerte con ellos, ¿verdad?

Josefina: No sé si es un problema de falta de suerte o un asunto deportivo.

Armenio: A qué se refiere

Josefina: No lo sé muy bien, a mi corazón lo han golpeado tanto que está confundido pensando que el mundo es solo un ring de boxeo.

Oscuro

Escena seis

Armenio: Disculpe mi atrevimiento, pero ahora que me siento más en confianza, ¿podríamos imaginarnos como logró mi vecina decirle adiós a su marido?

Josefina: ¿Y cómo sabe usted que le dijo adiós a su marido?

Armenio: En realidad no estoy seguro.

Josefina: ¡Ve, es usted un entrometido! ¡Y yo diría que hasta chismoso!

Armenio: Cuando le conviene soy chismoso. Está bien, está bien, ahí la dejamos. (Silencio, visiblemente molesto)

Josefina: (Después de un tiempo) Yo sí puedo imaginármela todos los días frente al espejo, a la misma hora, practicando una y otra vez la despedida. Escogiendo su ropa, lustrando sus zapatos gastados, suspirando con la partida. Sería bueno imaginársela, pero esta vez que al menos logre quebrar un plato.

Armenio: No cuente conmigo.

Oscuro

Escena siete

Vuelven a la luz de las transiciones. Armenio hace el papel del marido, Josefina de la esposa. Sería interesante que el tipo de interpretación en esta escena sea al estilo de las películas de Hollywood de los años cuarenta, tipo Casablanca. La escena se desarrolla en la puerta del tren estacionado.

Esposa: Creo que llegó el momento. Esta es mi estación. Me voy.

Marido: Que te vaya bien.

Esposa: Gracias.

Marido: No olvides el abrigo.

Esposa: No lo haré. Adiós.

Marido: Adiós.

Aún quedaron platos sucios en el fregadero.

Esposa: Gracias por recordármelo, pero se me hace tarde y no pienso regresar a casa.

Marido: Tenés razón. ¡Vete ya!

Esposa: Sí, me voy. Adiós.

Marido: Adiós.

Esposa: Tal vez algún día nos volvamos a ver.

Marido: Tal vez...

Esposa: Adiós.
Marido: Adiós. Que te vaya bien.
Esposa: Gracias.
Marido: Adiós.
Esposa: A vos también.
Marido: ¿A mí también qué?
Esposa: Que te vaya bien.
Marido: Gracias.
Esposa: Valió la pena, ¿no es cierto?
Marido: ¿Qué?
Esposa: Habernos conocido.... y haber lavado tantas cazuelas y ollas y tazas y....
Marido: Bueno, según como lo veas. La verdad que nunca aprendiste a lavarlos bien.
Esposa: Adiós.
Marido: Pensemos que sí.
Esposa: ¿Sí qué?
Marido: Sí valió la pena, especialmente cuando se volvían a usar y estaban limpios sobre el fregadero, para después volverse a ensuciar.
Esposa: Sí... (Silencio) adiós.
Marido: Adiós
Esposa: (sale)
Marido: ¡Espera!
Esposa: Ya es tarde. Adiós. (Ruido del tren arrancando).

Oscuro

Escena ocho

Ambos: ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Se fue, se fue!
Josefina: (Percatándose) Pero ella no quebró ningún plato.
Armenio: Tiene usted razón. Tenemos que regresar.
Josefina: No hace falta. (Saca de su saco un plato y lo quiebra con fuerza) Ya está, era lo que me quedaba de mi casa.
Se escucha una voz en off que dice "Estación Cienfuegos"
Armenio: (Recogiendo sus cosas) Ha sido un placer conocerla. Le agradezco mucho su compañía.
Josefina: (Desconcertada) ¿Cómo así? ¿Se baja usted? Pensé que continuaría el viaje conmigo.
Armenio: Lo siento mucho. Pero es preciso que prosiga mi camino.
Josefina: O sea, seguir buscando y remendando su calcetín.
Armenio: Usted lo ha dicho. Le deseo que finalmente encuentre un lugar placido y tranquilo que le permita tener muchos sueños.
Josefina: Pues si no hay nada que hacer, que le vaya bien. (Armenio se marcha).

¡Armenio! Para mí también ha sido un gran placer conocerlo.

Armenio se marcha. Ella está muy triste, muy triste, se asoma a la ventana. El tren se pone nuevamente en marcha.

Oscuro.

Escena nueve

Josefina: Cuando era niña odiaba mi cumpleaños. Me sentaba en el sofá de mi casa esperando horas que alguien se acordara de felicitarme. El día se me iba con una lentitud difícil de describir. Cerraba los ojos y los volvía abrir, con la esperanza de que fuera otro día, pero el día seguía ahí y con él mi cumpleaños.

Con el tiempo me topé con el cuento "Alicia en el País de las maravillas" y desde entonces quedé fascinada, al descubrir que una podría celebrar su día de no cumpleaños.

Oscuro.

Escena diez

Voz en off que dice "Estación San Bernardo". Sube Armenio, pero ahora luce diferente. Viene cargando un par de maletines. Se le ve más animoso y distraído al mismo tiempo.

Armenio: ¿Le duele la cabeza? ¡Dolorelax es la solución! ¿Está cansado por la jornada Intensa de trabajo? No se preocupe, le tenemos su solución: "Vitaminas Forte-vida" solo basta un par de tomas y se sentirá como nuevo. ¿Le duelen las canillas? "Canillín" le alivia el dolor de manera instantánea. Tiene calenturas, está decaído, le ha picado un mosquito: "Denguín" le resuelve su problema de manera inmediata, solo necesita tres aplicaciones y usted estará reestablecido. (Hacia Josefina) Señora, ¿necesita usted pomada para la alergia? ¿Desinflamatorio para las articulaciones? ¿Crema concha nácar para las manchas de la piel?

Josefina: Armenio, ¿cómo le va?

Armenio: Disculpe, señora, pero creo que me está confundiendo. Digo, es que no han tenido la dicha de presentarnos.

Josefina: ¡Ay Armenio! ¡No se haga el desentendido!

Armenio: Disculpe, ¿nos conocemos?

Josefina: Pero si estuvimos conversando largamente hace un par de horas, antes de que usted se bajara en la estación Cienfuegos, ¿no lo recuerda?

Armenio: No señora, no lo recuerdo, creo que me está confundiendo.

Josefina: No, no lo creo, hasta nos imaginamos juntos a su vecina cuando se despidió de su marido. ¿No lo recuerda?

Armenio: ¿Vecina? ¿Cuál vecina? Señora, lo que usted necesita son unas gotas matutinas que le ayudarán a limpiar su memoria. Con los años suele suceder que uno no solo tiende a olvidar ciertos capítulos importantes de su vida, sino que ante la ausencia de esos momentos desmemoriados uno los cubre con fantasías, con imágenes recreadas, con cosas que no vivimos pero que nos hubiera gustado vivir, con hazañas que no fuimos capaces de realizar, con impulsos que retuvimos por falta de coraje, con las ganas de darle continuidad a algo que no dijimos, que lo pensamos pero no lo dijimos, alguna palabra retenida justo ahí entre los dientes, pero que no fuimos capaces de decirla. Entonces inventamos la realidad y a veces hasta la soñamos. Pero no se preocupe señora, ¿cómo es que se llama?

Josefina: (Muy seria) Josefina.

Armenio: ¡Josefina! Bien, muy bien, bonito nombre. José.... Fina, fina, finísima de José. ¿Algún pariente suyo se llamaba José?

Josefina: (Continúa seria) Ninguno.

Armenio: ¡Tanto mejor! A usted le tocó el honor de estrenar el nombre, es usted una iniciadora, se ha ganado un gran premio: "Memoril" para que pueda combatir esos sueños que la atormentan y no esté cambiando tanto la realidad. ¡Tontona! ¡No vaya a confundirse usted, mire bien, que no estoy diciendo tetona! El respeto a la mujer es lo primero, lo primero, antes morirme que irrespetar a una mujer. A una mujer no se le toca ni con el pétalo de una rosa. Rosa de mis amores, rosa, rosita, color de rosa, (saca una pintura de labios) pintura de labios de color rosa para sus labios rosados, le quedarán radiantes, carnosos, brillantes, aromáticos, antojadizos, suaves, esplendorosos. Por tan solo tres pesos cincuenta.

Josefina: No me interesa.

Armenio: ¿Falta de interés? ¿Desgano? ¿Apatía? No pierda su tiempo: "Aceite de hígado de bacalao" excelente para levantar el ánimo en un dos por tres. Más tarda usted en tomarlo que el jarabe en levantarla como si fuera un milagro, todo le parecerá diferente, los colores serán más intensos, el sol calentará con mayor energía, tendrá ganas de comer, de brincar, de bailar... cha, cha, cha.

Josefina: (Visiblemente molesta) Podría dejarme en paz, por favor.

Armenio: Paz... tranquilidad interior, tome...

Josefina: (Gritándole) ¡O me deja en paz o llamaré a seguridad!

Armenio: Está bien, está bien, disculpe.

Silencio

Josefina: Le compro sus zapatos. Por favor enséñemelos.

Armenio: Señora, mis zapatos no están en venta, en cambio si lo que necesita usted son un par de pantuflas italianas...

Josefina: No, necesito que me enseñe sus zapatos. (Él se los quita de mala manera. Al quitárselos nos percatamos de que uno de sus dedos sale del calcetín.) Tiene roto el calcetín, ¿ya se dio cuenta?

Armenio: ¿Cómo dice?

Josefina: Que si ya se dio cuenta que uno de sus dedos ha roto su calcetín.

Armenio: (Percatándose) ¡Ay Dios mío! Tiene usted razón.

Josefina: (Riéndose) Discúlpeme, ya se me pasará.

Armenio: Le parezco gracioso ¿verdad? ¿Es que acaso soy un payaso, o qué?

Josefina: No, no, discúlpeme (tratando de controlar la risa) ya se me pasará.
¿Ya se acuerda usted de mí?

Armenio: ¿Vive usted en la calle San Lorenzo?

Josefina: No.

Armenio: ¡Casa número 113!

Josefina: No.

Armenio: ¿De casualidad no sale usted a caminar todas las mañanas?

Josefina: ¡Me está usted confundiendo!

Armenio: (Apenado) Por supuesto, usted es la mujer que se parece tanto a la que era mi vecina en la calle San Lorenzo. Es increíble, se parece tanto a usted. Si usted no me lo dice, casi podría jurar que usted es ella.

Josefina: No me cambie de tema, por qué se hacía el que no me conocía.

Armenio: Bueno, no es exactamente así, lo que sucede es que... (Voltea misterioso). ¿No hay nadie por aquí cerca?

Josefina: No, ¿por qué?

Armenio: No, no por nada (continúa volteando, en susurro) Las instrucciones que hemos recibido es que.... entrar en confianza con los posibles clientes, oiga ¿no escuchó un ruido extraño?

Josefina: No, ¿por qué?

Armenio: No, no, por nada. Le decía que entrar en confianza con los clientes puede ser muy peligroso. ¿Está segura?

Josefina: ¡Que sí! ¡Que no hay nadie!

Armenio: Las instrucciones son muy precisas.

Josefina: ¿Las instrucciones de quién?

Armenio: De los jefes, (bajito) están en todas partes.

Josefina: Ah, ¿sí?

Armenio: Sí.

Josefina: ¿A qué se refiere con peligroso?

Armenio: Al conocer digamos más... íntimamente a alguien, se corre el riesgo de que nos podamos ablandar, y entonces al estar ablandados no estaremos preparados para poder vender. Y aunque este vagón esté prácticamente vacío, nunca se sabe donde puede haber algún espía. Y eso de quedarse sin trabajo es algo muy serio. ¿No le parece?

Josefina: Es por eso que usted pierde con frecuencia la memoria.

Armenio: Por eso y por otras cosas más.

Se escucha voz en off: "Pedimos disculpas, el tren ha sufrido un desperfecto y estará parado por tiempo indefinido". Josefina se levanta muy inquieta, camina por todo el tren desesperada.

Armenio: (Sosteniéndola) Tranquila, tranquila. (De nuevo la voz) "El tren continúa su trayecto". (Ella se tranquiliza)

Josefina: (Asomándose por la ventana) Qué aguacero. Parece como si borrara todo vestigio de....

Armenio: (Interrumpiéndola) Esperanza.

Josefina: ¿Dijo esperanza?

Armenio: Sí, dije esperanza.

Oscuro

Escena once

Mismo tren. Entra una mujer de unos cuarenta años corriendo por el pasillo, se le ve nerviosa y asustada. La acompaña un joven.

Mujer: ¡Vení rápido hijo! Sentáte aquí!
Joven: ¿Crees que nos encuentre?
Mujer: ¡Calláte! ¡Nos puede oír! (Se sientan en un rincón del tren)
Joven: ¡Ya verás mamá que todo será diferente! Cuando lleguemos, podremos empezar una nueva vida. Te haré galletas de avena por las tardes cuando regrese de la escuela, te contaré un cuento y te leeré mis poemas. Ya verás mamá, que todo va a ser diferente! Ya no tendrás que preocuparte por los gritos, ni los golpes sobre la mesa, ni los zapatos sucios sobre el pasillo, ni la mirada turbia y el aliento alcohólico. Estaré yo, madre, a tu lado, cuidándote.
Mujer: Gracias hijo, escucharte me da una gran tranquilidad.
La mujer se levanta con mucho cuidado, se asoma a la ventanita interior que colinda con el otro vagón, regresa corriendo a sentarse.
Mujer: ¡Ahí está! ¡Dios mío, ahí está!
Joven: ¡Pero cómo pudo subirse! ¡Ya había arrancado el tren!
Mujer: ¡No lo sé! ¡Esta vez me va a matar!
Joven: Tal vez se devuelve, mamá.
Mujer: ¡Ahí viene! ¡Tenés que hacer algo! ¡Se acerca! ¡Se acerca! Hijo, por favor no vayas a permitir que me vuelva a golpear. Tengo miedo, por favor hijo, ¡tenés que hacer algo!
Joven: ¡Llamaré a seguridad!
Madre: No hay seguridad! ¡Dios mío, está acercándose! (Jala el freno de emergencia y hace parar el tren. Se baja corriendo. Al bajarse se le cae el sombrero)
Joven: (Gritando desde la ventana, viendo la escena) ¡Dejála en paz cabrón! ¡Dejála en paz! ¡No, por favor, no le hagas dañoooooooooooooo! ¡Madre! ¡Corré mamá! ¡Corré!
Madre: (Off) ¡¡¡Hijo, ayudáme, ayudáme!!! ¡Ay! ¡¡Ay!!
Joven: Soltála, imbécil, soltála! (Sigue gritando a medida que va quedando paralizado).

Oscuro

Escena doce

Josefina: ¿Qué pasó después de aquel día?
Armenio: Nunca más la volví a ver.
Josefina: ¿Cómo así?
Armenio: Supe que estuvo muy enferma, que mi padre murió. Que ella tuvo que trabajar muy duro para asumir las deudas que él dejó. Que de tanto planchar

y coser le dio una artritis primero en las manos, después en todo el cuerpo. Que está viviendo en un cuarto muy humilde y que está muy sola.

Josefina: ¿Y por qué no la visitás? Debe estar esperando por vos.

Armenio: Si, lo sé, pero no puedo, no puedo. Siento tanta vergüenza que no puedo.

Josefina: Eras muy joven, y estoy segura que ella lo va a entender.

Armenio: No lo sé, no lo sé. No puedo entender como me quedé parado sin hacer nada, mientras veía como mi padre la golpeaba brutalmente. Cada vez que lo recuerdo me detesto más.

Josefina: A veces el miedo nos paraliza.

Armenio: No puedo borrar la imagen de sus ojos implorándome que hiciera algo, y yo ahí parado, solo observando cómo la humillaba y la golpeaba. No, no lo soporto.

Josefina: No perdás el tiempo, Armenio. Corré en la próxima estación y ve junto a ella. Después puede ser muy tarde. (Se levanta, intenta jalar el freno de emergencia.)

Armenio: (Empujándola) ¡Qué hacés mujer! ¡Qué hacés!

Josefina: Parando el tren para que podás bajarte a encontrarte con ella.

Armenio: No por favor, no lo hagás.

Josefina: Es tu oportunidad. El único lugar donde uno puede recuperar su dignidad es en el lugar donde la perdió.

Armenio: Tengo miedo.

Oscuro

Escena trece

Josefina intenta dormir, de varias maneras. A veces lo logra a veces no.

Escena catorce

Se escucha el bolero "Ay amor ya no me quieras tanto". Una mujer baila con un hombre de manera romántica. Hablan mientras bailan.

Mujer: ¿Algún día dejarás de quererme?

Hombre: No, nunca dejaré de quererte.

Mujer: ¿Por qué me querés tanto?

Hombre: No lo sé... Quizá porque sos especial.

Mujer: ¿Especial? ¿Cómo así?

Hombre: Sos como sos. Auténtica, libre, sincera, independiente, segura.

Mujer: (Insegura) ¿Te parece?

Hombre: No solo me parece, sino que estoy completamente convencido. Me seduces cuando te veo trabajando en tus propios proyectos, cuando sueñas, cuando te sales por las noches a caminar libremente, cuando regresas de un viaje

con una sonrisa dibujada en la cara y una pila de anécdotas en tu equipaje de mano.

Mujer: ¿De qué mujer estás hablando? ¿Estás soñando?

Hombre: ¿Por qué decís eso, mujer?

Mujer: Porque yo no trabajo sino en la cocina y en los baños de la casa, porque no camino por las noches porque si no me matarías, porque nunca he viajado más lejos que al supermercado y la dry' clean.

Hombre: No jugués con mi amor, ni con mis sentimientos.

Mujer: Pero si yo no estoy jugando, te estoy diciendo la puritita verdad. Además, soy tan insegura, todo me da miedo. Llevo años soñando conirme de tu lado y sin embargo sigo aquí, a tu lado.

Hombre: Por eso te quiero tanto mujer, ¡te quiero tanto!

Mujer: ¡Ay amor, ya no me quieras tanto!

Oscuro

Escena quince

Josefina: Los golpes duelen, pero el agua limpia. Desde entonces me baño tres o cuatro veces al día y tomo agua sin parar. El agua elimina mis toxinas, sacude mis recuerdos y arranca las costras.

Tengo la suerte de tener una excelente ducha, con chorro muy fuerte y agua bien fría, el agua fría es buena para la piel, te endurece los músculos y tonifica los nervios, también te ayuda a la buena circulación, impide que te salgan morados. Disimula las ojeras y levanta el ánimo, aplaca los malos pensamientos y los deseos de venganza.

Los golpes duelen pero el agua limpia.

Oscuro

Escena dieciséis

Armenio: Alguien decía que cada quien es dueño de su propio miedo, no recuerdo donde lo escuché, pero no tenía razón. Cuando uno tiene miedo, uno no es dueño de nada, ni siquiera de dejar de tenerlo. Uno se pregunta por qué tenemos miedo, o mejor dicho, a qué le tenemos miedo.

Solo hasta ahora lo comprendo: Sencillamente es miedo a ser rechazados. Pero si uno ha vivido con el desprecio a cuestas, sin la palabra amiga, uno se vuelve a preguntar: ¿Es que acaso existe más rechazo que éste?

Oscuro

Escena diecisiete

Armenio está tranquilo, entra Josefina y le entrega unas flores.

Josefina: Tenga
Armenio: Gracias
Josefina: ¡Cómo que gracias! ¡Regálemelas!
Armenio: (Dándole por su lado) Tenga.
Josefina: (Emocionada) Muchas gracias Armenio. (Transición) Ahora déme un beso. (Armenio le da un beso en la mejilla, ella se molesta) No, así no, así (le da un beso en la boca)
Armenio: (Aventándola) Pero que le pasa. ¿Está usted loca?
Josefina: Pensé que con un beso suyo podría deshacerme sin dolor de mi carga, pero no es así, ¿verdad?
Armenio: No, no es así.
Josefina: Estoy apenada. Tendré que buscar otra manera de encontrar...
Armenio: El valor
Josefina: ¿Cómo dijo?
Armenio: Dije el valor, el primer paso hacia...
Los dos: ¿La libertad?
Armenio: Usted lo dijo.
Josefina: Y usted también.

Oscuro

Escena dieciocho

Josefina camina con su saco, toma impulso y termina por deshacerse de él.

Escena diecinueve

Armenio se levanta, baja dos escalones y se regresa. Repite la acción una y otra vez.

Escena veinte

Josefina entra.

Armenio: Sus ojos están cambiando, ahora tienen un cierto brillo.
Josefina: (Coqueta) ¿Le parece?
Armenio: Sí, me parece.
Josefina: ¿Le gusta? Es hermoso, ¿no? (Le enseña un sombrero antiguo.)
Armenio: ¿Dónde lo encontró?

Josefina: Estaba aquí, entre estos asientos.

Solo un sombrero se necesita para emprender el camino. Ponérselo sobre la cabeza acaricia los pensamientos, les da abrigo... Es cuando estamos listos para iniciar el viaje. Caminar ligeros de equipaje, fundirnos en el destino.

Armenio: ¿Por qué habla tan bonito? Como si uno leyera un libro de poesía o algo así. ¿Por qué no habla como en la vida real?

Josefina: ¿Por qué no hablo como en la vida real?... ¿Por qué no hablo como en la vida real?... Por qué?... (En la medida que va repitiendo la frase va recordando.)

Oscuro

Escena veintiuno

Josefina está inquieta, es de noche, no puede dormir. Se asoma permanentemente a una ventana. Entra su marido borracho.

Marido de Josefina: ¡Josefina! Josefina! ¡Vení para acá, que te quiero coger!

Josefina: ¡Es muy noche y estoy muy cansada, estaba muy preocupada por vos! ¿Por qué no me avisaste que vendrías tan tarde?, pensé que habías tenido un accidente.

Marido: ¡Desde cuándo yo tengo que darte explicaciones a vos! ¡Solo eso me faltaba! ¡Vení para acá vieja charraluda! ¡Vení que te quiero coger! (La agarra por la fuerza y la restriega contra ella. Ella se deja hacer con repulsión. La situación se vuelve patética porque intenta tener relaciones y no puede por su borrachera).

Josefina: ¡Ahora no! ¡Ahora no! No estás en condiciones, José. Ahora necesitás descansar. Ya mañana será otro día. (Se va a acostar)

Marido: ¡Mierda! ¡Levantáte de esa cama y dame de hartar! ¿O qué? ¿Querés que te pijée? ¿Eso es lo que te gusta, verdad? ¡Hijueputa! ¡Apurate mujer! ¡Parecés una estúpida cuando caminás! ¡Ya te voy a dar tu verga! Eso es lo que querés, ¿verdad? ¡Que te dé por el culo! ¡Como una perra! ¡Limpiá esta mierda de casa, levantáte hijueputa, levantáte hijueputa!

¿Qué crees? ¿Que no me di cuenta que estabas hablando mal de mí con la putísima de tu amiga! ¿Quién sos vos para quejarte? ¿Quién sos vos? Si vos no vales ni mierda, ¿me oís? ¡Me cago de la risa imaginándote sola por la vida! ¡No llegarías ni a la esquina, cabrona! ¡Ni a la esquina, hijueputa!

¡Y tráeme una cerveza! ¡Y bien helada!

Oscuro

Escena Veintidos

Josefina: ¿Por qué no hablo como en la vida real?... (Cambiando de tema y entregándole el sombrero). Tenga Armenio, entrégueselo a ella, le dará gusto.

Armenio: Era de mi madre. Sí, creo que se lo entregaré.
Josefina: Es una excelente idea, Armenio. No pierda el tiempo. Yo tendré que encontrar mi propio camino.
Silencio. Se escucha una voz en off, "Última estación: Estación Pinos Nuevos".
Armenio: Adiós.
Josefina: Adiós.
Armenio: Es la despedida, ¿cierto?
Josefina: Sí, es la despedida. (Silencio) ¿Podrá bajarse sin volverse a subir?
Armenio: Al menos lo intentaré. Es la ventaja de los que no tenemos nada más que perder. ¿Y usted?
Josefina: ¿Yo? Yo estoy aquí.
Armenio: ¿Y eso es bueno?
Josefina: Creo que sí. Yo estoy aquí, mi antigua vida está allá. Al menos es un principio.
Silencio
Armenio: (Asomándose por la ventana) ¿Vio la oropéndola pasar?
Josefina: Sí, Armenio, la estoy viendo... la estoy viendo...

La escena se va oscureciendo lentamente mientras que escuchamos el bolero "Ay Amor, ya no me quieras tanto."

Lucero Millán. Correo electrónico: lucromillan@hotmail.com.

Todos los derechos reservados.
Buenos Aires. 2013.

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral.
Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar
Correo electrónico: correo@celcit.org.ar